

administración general y la dirección política del país.» Pero tales afirmaciones fueron desmentidas por los actos de los mismos hombres que las hicieron, por los llamamientos dirigidos á Francia, por la absorción de servicios que no tenían ningún carácter municipal. Escritas en vísperas de las elecciones, aquellas declaraciones poco sinceras no tendían más que á arrancar á los diputados y á los alcaldes de París el consentimiento para la convocatoria de los electores, y obtuvieron el resultado que se deseaba.

Sobre el comité central recae principalmente la responsabilidad de las elecciones del 26 de marzo, fijadas antes del día que Versalles hubiera aceptado y realizadas sin libertad suficiente. A falta de cédula electoral, el testimonio de dos transeúntes bastaba para identificar al elector, el cual podía, á su vez, servir de testigo á uno de los que acababan de prestarle este servicio. Votóse no sólo en los colegios electorales previamente designados, sino que también en todos los cuerpos de guardia ocupados por los guardias nacionales. Todos los electores de servicio fuera de su distrito pudieron reunirse, constituir una mesa, votar sin lista de anotación y transmitir los resultados á la alcaldía de su distrito. De modo que todo el que vestía uniforme pudo votar, con derecho ó sin él, y como el escrutinio permaneció abierto hasta las doce de la noche, muchos de los que habían tomado parte en la votación como guardias nacionales pudieron votar otra vez como paisanos. Hemos dicho por qué razón los diputados y los alcaldes de París se habían prestado á un escrutinio tan desprovisto de sinceridad. Desgaciadamente la participación de los moderados en estas elecciones y la elección de algunos candidatos moderados dieron una apariencia de legalidad al municipio así formado. Los alcaldes que habían presidido las elecciones, encargados por Ernesto Picard de la administración de París, eran el único poder legal que allí subsistía, en presencia del poder insurreccional.

Después de la inauguración de la *Commune*, que declaró que la guardia nacional y el comité central habían merecido bien de la patria, el comité, para reemplazar á quince de sus miembros elegidos consejeros municipales, completó hasta sesenta el número de sus individuos y continuó residiendo en la Casa consistorial, donde ejerció sobre la corporación que le debía la existencia una influencia oculta, pero considerable. Sus insignias eran las insignias del Municipio. El fajín rojo del comité sólo se distinguía por una franja de plata del fajín rojo de la *Commune* con franja de oro.

La única manera de escribir la historia interior de la *Commune* sería referirla día por día. Agrupando los hechos de un modo ordenado, se daría á ese gobierno singular una apariencia de rigor, de precisión y de lógica que nunca tuvo.

Los elegidos del 26 de marzo se dividían en cuatro grupos principales: los miembros del comité central en número de quince; los miembros del grupo blanquista, hombres de club ó periodistas de la prensa revolucionaria, en número de veinte; los miembros de la Internacional en número de diez y siete, contando á Varlin, Assi y Chalin, que formaban también parte del comité central, y los moderados, en número de quince, y que no cuentan porque todos dimitieron sin haber tomado

posesión de sus cargos ó después de haber asistido á una sola sesión, como Tirard, que guardó un mal recuerdo de su presencia en la Casa consistorial.

En el primer grupo figuraban Bergeret, Ranvier, Billioray, Fortunato Henry, Eudes, Blanchet y Brunel. Pertenecían al grupo blanquista, revolucionario ó neojacobino: Blanqui, encarcelado entonces fuera de París, Tridón, Ranc, que dimitió el 6 de abril, Protot, Raul Rigault y Ferré, de siniestra memoria, Arnould, Julio Vallés, Courmet, Paschal Grousset, Gambón, Félix Pyat, Delescluze, Vermorel y Flourens. Estos dos grupos reunidos constituyeron la mayoría, y la minoría comprendió á casi todos los internacionistas que eran Theisz, Avrial, Malón, Franckel, Vaillant, Beslay, Pindy, Gerardin, Lefrançois y otros.

Las elecciones del 16 de abril no cambiaron la proporción de los partidos: Cluseret, Johannard, Philippe, Viard y Trinquet se adhieron á la mayoría, y Andrieu, Serraillet, Longuet, Courbet y Arnold á la minoría. En vez de noventa miembros que hubiera debido tener, la *Commune* no tuvo nunca muchos más de sesenta; sólo unos cincuenta asistían á las sesiones que se celebraban en el salón grande del Consejo municipal, casi siempre en medio de un indescriptible desorden. Según declaración de Tirard, «se comía en los pasillos y en el salón. Un olor á tabaco, á vino y á vituallas atacaba la garganta y el olfato. Un ruido infernal rompía el tímpano. Era un espectáculo que daba asco.» Los principales oradores de ambos partidos eran Félix Pyat, Miót, Grousset y Gambón, de la mayoría, y Julio Vallés, Vermorel, Ostyn, Tridón, Beslay, Jourde, Arnould y Babyck, de la minoría. Las cuestiones importantes se resolvieron por 24 ó 25 votos contra 10 ó 12, y en algunas circunstancias fué de sentir la retirada de los quince moderados y la de los seis dimitentes del 6 de abril, señores Ranc, Parent, Robinet, Lefevre, Fruneau y Goupil. Quizá hubieran podido combatir y evitar algunas de las medidas más lamentables. Pero los moderados no impidieron nunca nada.

Después de la ceremonia de la instalación de la *Commune*, que se verificó en la plaza del Hotel-de-Ville, el nuevo poder celebró su primera sesión el miércoles, 29 de marzo, tomando los siguientes acuerdos: Quedaban abolidas las quintas; ninguna fuerza militar podía ser creada ó introducida en París; se condonaba á todos los inquilinos los trimestres de alquiler vencidos en octubre de 1870 y enero de 1871, ó por vencer en abril siguiente; todos los contratos de alquiler eran declarados rescindibles durante seis meses; la venta de los objetos empeñados en el Monte de Piedad era provisionalmente suspendida.

Después de estos acuerdos, votados con entusiasmo, la *Commune* se dividió en diez comisiones llamadas: Ejecutiva, de Hacienda, Militar, de la Justicia, de Seguridad general, de Subsistencias, del Trabajo, de la Industria y del Cambio, de Relaciones extranjeras, de Servicios públicos y de Enseñanza.

Eudes, Tridón, Vaillant, Lefrançois, Duval, Pyat y Bergeret formaron la primera Comisión ejecutiva, cuyos poderes duraron hasta el 20 de abril. El día 3 del mismo mes, Eudes, Duval y Bergeret, retenidos fuera de París, habían sido reemplazados por Delescluze, Courmet y Vermorel. La segunda Ejecutiva, formada por

Andrieu, Paschal Grousset, Protot, Vaillant, Viard y Jourde, fué reemplazada por el Comité de salud pública, que vino á ser una tercera Ejecutiva, con Arnould, Billioray, Eudes, Ranvier y Gambón.

Lógicamente, las Ejecutivas y el Comité de salud pública hubieran debido tener amplias facultades sobre todos los servicios comunales y la dirección superior de los negocios por lo que tocaba á la ejecución; pero sus atribuciones eran indeterminadas y la Comisión principal no podía tomar medida alguna sin ponerse en conflicto con una ú otra de las comisiones vecinas ó con el comité central. Los poderes de las demás comisiones eran tan indeterminados como los de la Ejecutiva. Las había que confiaban la dirección de todos los servicios de ser fiscal general de la *Commune*, y Paschal Grousset en las Relaciones exteriores. Otras comisiones usurpaban con frecuencia el poder ejecutivo.

Las actas de los consejeros electos en 26 de marzo habían sido aprobadas muy á la ligera; hasta los que no habían obtenido la octava parte de votos de los electores inscritos habían sido declarados válidamente elegidos, lo mismo que los extranjeros. El Cuerpo comunal parisiense, tan trabajosamente constituido, con tales subterfugios legales, se erigió en legislador para toda Francia, pronunció la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión del presupuesto de cultos y la confiscación de los bienes de manos muertas, muebles é inmuebles, pertenecientes á las congregaciones religiosas. Después de atentar contra los bienes, atentó contra las personas: en 4 de abril se dictó el odioso decreto sobre los rehenes y se llenaron las cárceles.

París ha perdido su indiferencia de los primeros días al ver al arzobispo y al cura párroco de la Magdalena enviados á hacer compañía á los gendarmes y municipales detenidos á raíz de la insurrección. La comedia amenaza convertirse en tragedia, y la inquietud general aumenta, sobre todo cuando todos los ciudadanos de diez y siete á treinta y cinco años, no casados, son llamados á formar parte de los batallones de guerra. La vía pública se hace insoportable á causa del perpetuo movimiento de los guardias nacionales. Se toca llamada sin ton ni son. Oficiales de un celo desmedido y cargados de galones mandan batallones enteros, donde bastarían cincuenta hombres, y á cada instante molestan á unos ciudadanos que mejor se estarían en su cama que donde les envía un celo intempestivo. Todo el que viste uniforme (y sabe Dios si los uniformes abundaban) prende arbitrariamente, en los domicilios particulares, en los puntos de reunión, en la vía pública, á los ciudadanos sospechosos, y toda levita es sospechosa para los autores de tales desafueros. En 15 de abril, el 218.º batallón de la guardia nacional invade el hotel de la Legación de Bélgica, en la calle del Faubourg-Saint-Honoré, y organiza allí un baile. En vano dicta Protot decretos y más decretos para *garantizar la libertad individual*, para reglamentar las detenciones, los encarcelamientos y los embargos; estos continúan con la misma arbitrariedad y con el mismo desprecio de la libertad individual y de la propiedad.

La libertad de imprenta, la libertad de trabajo y la libertad de cultos, no son más respetadas que la libertad y la propiedad individuales; las supresiones de periódicos son diarias; el 20 de abril se prohíbe á los panaderos el trabajo de noche; cuatro días antes ha sido suspendido el ejercicio del culto y convertidas las iglesias en «clubs rojos.» La de Santa Genoveva ha sido consagrada á la memoria de Marat.

En 19 de abril, la *Commune* había dirigido á los parisienses un manifiesto justificativo del resultado poco favorable de las elecciones del 16, manifestando que declaraba que la batalla empeñada entre ella y Versalles no podía terminar sino con el triunfo de la idea comunal ó con la ruina de París. Dos días después, Parisel expuso el comentario significativo del manifiesto invitando á los que tenían acopio de petróleo á hacer la declaración de las existencias de este artículo en el plazo de tres días.

En 30 de abril, el ciudadano Gallard, padre, miembro de la Comisión de barricadas, instituida por el comité central, fué encargado de la construcción de barricadas que formasen recintos paralelamente al recinto fortificado, y de tres ciudadelas de barricadas en el Trocadero, en Montmartre y en el Panteón. Afortunadamente para el ejército sitiador, Gallard padre, absorbido por la construcción de la barricada artística de la plaza de la Concordia, no tuvo tiempo de poner en ejecución su gran proyecto de barricadas defensivas, y dimitió el 15 de mayo.

El mismo día, nueva invitación de Parisel, en nombre de la Delegación científica, á los almacenistas de azufre y de fósforo para que los declarasen en el plazo de tres días. Otra Delegación científica extra oficial, instalada en la calle de Varennes, organiza cuatro brigadas de coheteros bajo las órdenes del ciudadano Lutz. El mismo día en que es derribada la columna Vendome, aparece el famoso artículo del *Grito del Pueblo* con esta amenaza de Vallés: «Si el Sr. Thiers es químico, nos comprenderá,» y se vuelve á intimar á los almacenistas de petróleo que hagan la declaración en la Casa consistorial en el término de cuarenta y ocho horas.

La intimación dirigida, en 29 de abril, á las cinco compañías de ferrocarriles para que pagasen la cantidad de dos millones en concepto de derechos adeudados desde el 18 de marzo, hubiera podido privar á París de víveres si las compañías hubiesen interrumpido en el acto su servicio: pero no lo hicieron; pagaron los dos millones dentro del plazo de cuarenta y ocho horas, y los trenes continuaron circulando.

A las administraciones públicas se les prohibió imponer multas y retenciones de sueldo á sus empleados, y se les intimó la devolución de las impuestas. En 21 de mayo, Grelier, por medio del *Diario oficial*, avisó «á los habitantes de París que volviesen á su domicilio en el plazo de cuarenta y ocho horas, pasado cuyo plazo, sus títulos de renta serían quemados.» Era difícil favorecer mejor al gobierno de Thiers. Actos de esta naturaleza justifican la acusación de traición que Lissagaray, historiador de la *Commune*, formuló contra el comité central. Rindiéndose á las excelentes razones de Jourde, la mayoría de la *Commune* desautorizó al exdelegado del comité en el ministerio del Interior.

El hecho de que Grelier hubiese podido insertar semejante aviso en el *Diario Oficial* indica el estado de anarquía en que este servicio había caído como todos los demás. Fuese cual fuere el director del órgano del gobierno, todo el mundo escribía en él: Clement excitaba a la guerra social; Vaillant provocaba al regicidio; autores anónimos combatían actos de la Commune; numerosos manifiestos de toda clase y de toda procedencia eran insertados sin fiscalización alguna.

La desorganización en ninguna parte fué tan potente y funesta como en las administraciones de la Guerra y de la Justicia.

En 29 de marzo, la Commune se halla en presencia de un general en jefe nominal, Garibaldi, y de cuatro «generales» efectivos, Brunel, Eudes, Bergeret y Duval. El verdadero ministro de la Guerra, ministro de ejecución y de administración, era el comité central: la Commune creyó que iba a anularlo nombrando una comisión militar. Pero ésta, en realidad, no quitó al comité central ni un átomo de su poder militar, puesto que, en 30 de marzo, acordó una elección general para completar los cuadros y proclamó que los guardias nacionales tenían el derecho de destituir a sus jefes, cuando éstos habían perdido la confianza de los que les habían nombrado. De acuerdo sin duda con el comité central, la comisión militar suprimió el título y las funciones de general en jefe que ejercía interinamente Brunel, el único que había servido en el ejército como subteniente de caballería, y delegó a Eudes en el ministerio de la Guerra, a Bergeret en el estado mayor de la guardia nacional, y a Duval en el mando militar de la ex prefectura de policía. Dos días después Cluseret era delegado en el ministerio de la Guerra, juntamente con Eudes, y solo, al día siguiente 3 de abril.

En 6 de abril, el grado de general fué suprimido, y Dombrowski fué nombrado comandante de la plaza de París, en substitución de Bergeret, por la comisión ejecutiva. El día 12, Cluseret fijó el sueldo del grado de general suprimido seis días antes; el 28, suprimió la intendencia general, que reemplazó por ocho inspectores y una comisión interventora; el 30, él fué destituido, preso y reemplazado por Rossel. Esta gran decisión había sido tomada por la comisión ejecutiva.

En 8 de mayo, la Commune decreta que la comisión de la Guerra reglamentará las relaciones del comité central con la Guerra. Esta hará los nombramientos propuestos por el comité. El mismo día, Moreau, el miembro más influyente del comité central es nombrado comisario civil de la Commune cerca del delegado en el ministerio de la Guerra, y al día siguiente Rossel, estorbado, contrarrestado por la Commune y por el comité central que quería confiarle la dictadura, presenta su dimisión y pide un calabozo en la cárcel de Mazas. La Commune lo reemplaza por Delescluze, que toma el título de delegado civil en el ministerio de la Guerra, administra con la comisión militar reforzada con dos miembros y deja dirigir las operaciones defensivas por Henry, a quien nombra jefe de estado mayor, a los generales por agregados o delegados civiles (Dereure, Johannart y Meillet) y la intendencia por Moreau. Cuatro días antes de la entrada de los versalleses en París, los oficiales del estado mayor de la guardia nacional banquetean con mujeres de mala vida en el restaurant Peters; el

ciudadano Jansoulé es autorizado para organizar un cuerpo franco; el sueldo de la guardia nacional da lugar a escandalosos abusos; el comité central, desmintiendo una vez más toda disidencia con la Commune, declara, en 19 de mayo, que toma posesión de la administración de la Guerra, y Delescluze, arrollado, redacta, en la noche del 21, sobre la mesa del mariscal Lebceuf, su última proclama: «¡Basta de militarismo!» de una desolada ironía.

La justicia fué poco administrada, tí odiosamente falseada, durante la Commune. No es que faltasen jurisdicciones. Sin hablar de Protot, que desde un principio estuvo encargado de despachar los procesos civiles y criminales y nombró presidente del tribunal civil al ciudadano Woncken, numerosos jueces de paz, tribunales de todo orden y justicieros de toda calaña fueron instituidos o se instituyeron a sí mismos.

El comité central había pretendido hacer comparecer ante sí a los individuos convictos de corrupción o de tentativa de corrupción y hacerlos pasar por las armas, lo mismo que a los antiguos gendarmes y municipales acusados de haber hecho fuego sobre las líneas prusianas. En 11 de abril, Cluseret había autorizado a cada compañía, batallón o región para ejercer su propia policía y mandar ante el consejo de guerra a todo falso guardia nacional introducido en sus filas.

Al día siguiente apareció en el *Diario Oficial* la institución de un consejo de guerra elegido por cada legión y de un consejo disciplinario elegido por cada batallón. Las sentencias pronunciadas por los consejos de guerra no eran ejecutorias sino después de la revisión de una comisión de siete individuos, elegida por suerte entre los miembros del consejo de guerra; las penas capitales habían de ser refrendadas por la comisión ejecutiva.

Con el decreto sobre los rehenes, inserto en el *Oficial* del 6 de abril, se relaciona la institución del jurado de acusación que había de estatuir en el término de cuarenta y ocho horas sobre la suerte de toda persona acusada de complicidad con el gobierno de Versalles y de todo prisionero de guerra hecho por los federales. El jurado de acusación había de ser elegido entre los delegados de la guardia nacional. Ante él hubieran debido comparecer el arzobispo, el cura párroco de la Magdalena, los desgraciados Bonjean y Chaudey y todos los rehenes; pero no llegó a constituirse.

La Commune, que se había apropiado también una jurisdicción criminal, puso en acusación a los señores Thiers, Julio Favre, Julio Simón y Picard y al almirante Pothuau el 2 de abril; juzgó y puso en libertad a dos de sus miembros, los generales Bergeret y Cluseret, y aceptó, después de una información dirigida por Raúl Rigault, la dimisión de Panille, apodado Blanchet, que había hecho bancarrota.

El consejo de guerra, única jurisdicción que funcionó a menudo, fué creada el 16 de abril, a instancias de Cluseret, y la presidió Rossel. Dos días después condenó ya a muerte al jefe del 74.º batallón, por haberse negado a marchar al enemigo; pero la primera comisión ejecutiva conmutó su pena. Como otra sentencia, pronunciada el 22 de abril por el consejo de guerra, fué casada por una comisión nombrada especialmente por la Commune, Rossel dimitió el cargo de presidente y fué reemplazado por el coronel Gois. Rossel estimaba

que el consejo de guerra no había de pronunciar más que sentencias de muerte, y no pronunció más que una que no fué ejecutada. La Commune, confundiendo en ella todos los poderes, se reservaba el derecho de pronunciar la comparecencia ante los tribunales militares y sus miembros constituían y presidían tribunales marciales, cuyas sentencias eran perfectamente ejecutadas.

Los empleados de la policía judicial de la Commune, su fiscal Raul Rigault, los cuatro suplentes Ferré, Dacosta, Martinville y Huguenot; el delegado en la Seguridad general, Th. Ferré, en substitución de Courmet, cargaron justamente con la responsabilidad de los crímenes cometidos durante la última semana y que excedieron en horror a los asesinatos del 18 de marzo y las descargas con feroces inconsciencia ordenadas, en la noche del 18 al 19 de marzo, por Ganier d'Abin, el «general» comandante de las fuerzas de Montmartre. No detallaremos las matanzas perpetradas en las cárceles y en la calle de Haxo, como no referimos en detalle el martirio de los generales Lecomte y Thomas. Todas las víctimas, así las más obscuras como las más ilustres, supieron morir. De los verdugos, uno fué fusilado en la calle de Gay-Lussac, durante la lucha, y otro en la meseta de Satory, después de haber sido juzgado por el consejo de guerra.

El juicio definitivo sobre la Commune hay que buscarlo en sus propios miembros, actores o partidarios. En su número del 25 de abril, el periódico *La Commune*, que redactaban Duchène, Delimal y Milliere, se expresa de este modo: «Los idealistas... llegaron al poder... sin pensar que el papel de los gobernantes consiste, no en redactar la Constitución del año 2000 o el Símbolo de los Apóstoles, sino en agrupar las medidas, las resoluciones exigidas por la situación día por día. Por esto sus actos se hallan en discordancia creciente entre sí y con sus principios... La confusión reina en todas partes... Destrucción de la guillotina por el pueblo y mantenimiento de la pena de muerte por el consejo comunal... Jamás poder alguno reunió en tan corto tiempo semejante cúmulo de contradicciones... Esa multiplicidad de conciencias: jacobinos, hebertistas, comunistas, colectivistas, individualistas, federalistas y unitarios engendra la confusión y el desconcierto... Hay para comprometer el principio (el de la emancipación municipal) para más de un siglo.»

Rossel, si cabe, es aún menos indulgente. «La Commune, dice en sus *Papeles póstumos*, carecía de hombres de Estado y de militares, y no podía tenerlos. En torno de ella acumulaba ruinas, sin tener la fuerza ni siquiera el deseo de crear de nuevo... Enemiga de la publicidad, porque tenía conciencia de su insensatez; enemiga de la libertad, porque se hallaba en un equilibrio inestable, del cual todo movimiento había de hacerla caer, aquella oligarquía era el despotismo más odioso que se pueda imaginar. No teniendo más que un procedimiento de gobierno, que consistía en tener al pueblo a sueldo, arruinaba con sus gastos los ahorros de la democracia y arruinaba sus esperanzas, porque hacía perder al pueblo la costumbre del trabajo.»

La Commune reemplazaba el trabajo, que había suspendido o arruinado, con la paga y con los espectáculos cada día renovados, como la fiesta de la bandera roja (29 de marzo), el incendio de la guillotina, el desfi-

le de los francmasones desde la Casa consistorial hasta las murallas y la plantación de sus estandartes en las fortificaciones; los entierros solemnes de las víctimas, muy raras, del cañoneo versallés, una escena de Herculano (17 de mayo) después de la explosión de la avenida Rapp y, finalmente, los abominables cuadros vivos de la última semana.

Angustioso era el espectáculo que ofrecía París en la semana que precedió a la entrada de los versalleses. La tristeza se hallaba impresa en todos los semblantes. Los guardias nacionales se dirigían con aire sombrío a los muros o a las avanzadas, con la manta liada al cuerpo



El general de Aurelle de Paladines

y el pan ensartado en la bayoneta. Las mujeres, que fueron atroces en aquellos días de locura, les acompañaban excitándoles a la venganza. Los muchachos, con voz aguda, pregonaban los títulos de los pocos periódicos que la Commune no había suprimido, o la caída de la columna Vendome, a la destrucción de la casa de Thiers, o inverosímiles victorias. Algunos transeúntes, principalmente los viejos, sintiendo venir la agonía, se preguntaban con ansiedad cuántas lágrimas y cuánta sangre costaría la liberación. Y en las calles, silenciosas después del paso de las tropas, resonaba a cada instante el insoportable galope de los jinetes de circo, convertidos en edecanes, lo que quitaba a la desgraciada ciudad el aire de duelo que le hubiera cuadrado, antes de las grandes catástrofes que se aproximaban.

X

Antes de referir el duelo entablado entre París y Versalles, veamos la parte que en él tomó el país, más bien testigo que actor, y la manera cómo el gobierno de Thiers se aseguró la victoria.

En 18 de marzo de 1871, se vió por vez primera una revolución parisiense casi sin repercusión en el resto de Francia. El telégrafo, que transmitió la noticia a todos